



TOLEDO

Toledo y yo qué afines para notar los grises,
las voces, las de dentro, tan juntas como casas.

¿Sobre qué esquina dejo el paso de mí misma?
¿En qué banco descanso el peso de una lágrima?
Preparados silencios sobre matices leves,
qué bien que me conocen, partícipe entregada.

Subo a dejar el eco al lado de una ermita;
como un exvoto cuelgo mi risa por su calma;
charlo con los almenáros y tengo la costumbre
de hacer contravolutas de sueño en las barriadas.
Qué dulce viene el aire que agarro con los ojos
y la fuente que riza sonora y blanca barba.
Aguardo la agudeza del cielo azul y sé
que ahonda y me desviste como un gemir de espadas.

Las voces, las de dentro, como pequeñas luces;
las otras, la de fuera tan tristes como canas.

Del libro inédito «En torno a mí»

DIOS ACERTÓ A PASAR UN DIA CUALQUIERA

(SONETO)

Dios acertó a pasar un día cualquiera
con una voz de suave ya delgada
y se dejó la mano tan curvada
como un tallo esperando primavera.

Dios se cortó la brisa con tijera
de luna suspendida en la cañada
y se quedó de dar lleno de nada,
se quedó como Dios, como quien era.

Hiladas albas de tocar violines
despertaban en látigos dormidos
o en alas de suspensos querubines

por el agua de un beso sorprendidos...
Dios del alto ciprés, Dios de jazmines
¡dí que esperas aún que no te has ido!

PORQUE LA LUZ ME VIERA

Yo esperé muchos años porque la Luz me viera
y la Luz soslayaba mi presencia despacio
yo esperé entre la niebla. Suicidé lentamente
las mañanas con rosas y se las dí a los pájaros.

Descorrí de las calles sus invisibles siestas
y en sus brazos de piedra me tendí a meditar
mis jarras de colores se llenaron de adelfas
los tejados cantaban inclinados de paz.

Me llovían faroles como lunas rosáceas
el tiempo me sonaba como un tambor azul
vagamente en las manos se humedecía la noche
en armoniosas gotas del remoto bambú.

Tú venías del sueño por un cauce de soplos
por avenidas verdes con pupilas de ruedas
y tibia, tibiamente dejaste tu sonido
redondo como un círculo de ojo a tu manera.

Me persuadían hélices levantadas del alma.
en barcas rotas iban mis aves naufragando
luchaban las estrellas con polvos y violines
y caían en crestas hacia el mar como nardos.

Visiones que me hendían sus humos perfidables
la inagotable ausencia, la soledad más honda
me ataban como flores la tierra de mi pecho
y Tú en bandas de crines o en estrías sonoras.

Ya no te busco. Dejo el horizonte quieto.
A la ciudad vagando por el suelo arrugado
y espero. Espero siempre, sin saber de qué modo
ha de venir tu flauta a despertar mis pájaros.

Poema del libro inédito

«El tiempo me lee en voz alta».

MORO